

miten por medio de la conciencia. Si la voz del Espíritu Santo no nos intruyese en ese santuario, el más íntimo de nuestra alma, si su gracia no nos fortaleciese, todas las palabras exteriores serían llevadas por el viento, y todos los impulsos inútiles. ⁽¹⁾

Á esa iluminación y á ese movimiento interior cabe aplicar las palabras de la Escritura: «Todos pueden ser instruidos por Dios directamente. ⁽²⁾ Habéis recibido la unción del Espíritu Santo, y lo sabéis todo. Por eso no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, pues que su unción os instruye acerca de todo, y tal enseñanza es verdadera». ⁽³⁾

Mas esas palabras aplícanse tan sólo á quienes reciben dócilmente en su alma el bálsamo que Dios en ellas derrama por medio del Espíritu Santo. Únicamente son los ungidos de Dios, únicamente merecen el nombre de cristianos, aquellos que se someten á todas las disposiciones y prescripciones exteriores del Espíritu Santo. Porque solamente esos se someterán á su ilustración interior como dóciles discípulos, y estarán dispuestos á todas las visitas y llamadas de la gracia divina, con la mayor fidelidad de conciencia.

Luego, en definitiva, todo depende de esa fidelidad, de igual suerte que la continuación y sobre todo, el término de la perfección. ⁽⁴⁾

12. Oportunidad y necesidad de la perfección.—

Por otra parte, no aquel que se contenta con meditar ó leer algo acerca de la perfección es quien se hace perfecto. No aquel que se limita á darle sus alabanzas ó á pedirla es quien alguna vez llega á poseerla; sino tan sólo aquel que se esfuerza, de formal y perseverante manera, en apropiarse aquella á la cual muévele la gracia. Lo repetimos una vez más todavía, no es cualesquiera perfección pedi-

(1) Gregor. Magn., *Evang.*, 2, 30, 3.

(2) Is., LIV, 13. Joan., VI, 45.

(3) I Joan., II, 20, 27.

(4) Gregor. Magn., *Ezech.*, 1, 5, 2. Bernard., *Div. sermo*, 23, 6. Lombez, *Paix intérieure*, 4, ch. 11.

da por alguno, sino la perfección de su estado, no la mayor perfección que sea dado pensar, sino la que se puede esperar en el momento, primero con modesto comienzo, después mediante progreso constante, y finalmente, mediante generosa terminación.

¡Cuánta necesidad tiene el mundo de ver renovado aquel espectáculo que antes de ahora vió en tan grandiosos ejemplos, y que tan raro es actualmente!

Quizá no se dió época en la cual el mundo se haya sentido más cansado de lo que hoy se siente de su moral árida, vacía. Leemos y oímos decir continuamente que la época y su miserable situación piden una moral más elevada ó más profunda, una moral libre, espiritualista, purificada, viril, desinteresada, encendida, una moral de acción, y no tan sólo sentimental declamación, una moral verdadera en vez de una moral aparente.

Cuantos hacen lo que en su mano está para remediar la miseria intelectual y moral de la época, tienen presto ocasión de convencerse de que ni la palabra, ni lo escrito, ni las razones, ni las refutaciones, ni la ciencia, ni la formación ingeniosa, no producen impresión alguna, y *a fortiori*, buenos resultados. No se cree en nuestras más entusiastas palabras. Créese apenas en nuestras propias convicciones, porque no se las ve formalmente realizadas en nosotros. Y, por último, en lo que toca á nosotros mismos nadie mejor que nosotros conoce cuán mal nos las componemos en esta vida mitad mundana y apenas mitad para Dios, cuán delicada y vacía de poesía es nuestra vida espiritual, y cuán poco nos satisfacen sus apariencias.

Para todo eso no hay más que un solo remedio. Lo que únicamente todavía es capaz de satisfacernos; lo que únicamente todavía constituye una perspectiva de ser tenido en consideración, son los actos y pruebas formales de la vida sobrenatural. Pues bien, para suministrarlos, no tenemos necesidad de inventar cosa nueva, ni esperar de los nuevos doctores revelaciones, milagros, un porvenir incierto. Todo eso hase realizado millares de veces en tiempos

pasados más formales. Tenemos eso ante los ojos de la manera más viva y más clara en Aquél que nos dió su nombre, desde que derramó en nosotros su espíritu para engendrarlos á una nueva vida. Es la perfección, la santidad. Representónos al rey de los santos en tan perfecto cuadro, que nos basta con imitarle en la medida de nuestras fuerzas.

Que esto sea posible á la debilidad humana, tenemos la prueba en miles de ejemplos, en los santos que, por aquello en que fueron sus fieles imitadores, han resultado para nosotros otros tantos modelos instructivos y animosos.

No seamos, pues, sordos al llamamiento de los tiempos. Veamos igualmente las necesidades de nuestro corazón. Hase hablado bastante y bastante escrito, es verdad. Mas no se practicó lo bastante. Y, lo que necesitamos, precisamente son actos, verdad y formalidad. Lo que nos hace falta son hombres, cabales y verdaderos cristianos. Pues bien, tan sólo la perfección es capaz de darnos unos y otros.

El único medio para librarnos de los males de hoy, está en aspirar á la perfección, en tomar en serio la virtud viva, enérgica. Pues bien, lo verdaderamente serio de la moral natural, de igual manera que lo de la virtud sobrenatural, es tan sólo la perfección, la santidad.

No hay más hombre cabal que el hombre perfecto. No se da más cristiano cabal que el santo. En lo escaso de los hombres perfectos, está la razón del corto número de verdaderos cristianos. Por eso la vida resulta tan insignificante, el mundo tan vacío, y tan pobres nuestros tiempos.

Pueda, pues, el mundo aprender nuevamente mediante las palabras, y más aún mediante el ejemplo de su Redentor y Salvador, á caminar por la estrecha senda de la vida sobrenatural, y á buscar la angosta puerta que al cielo lleva, para encontrar el socorro y la paz que le hacen tanta falta. Pueda cada cual, en vez de esperar que los demás le den el ejemplo de la actividad, repetirse, con el

firme propósito de practicarlas, las palabras que un poeta ilustre, y campeón en la guerra por la independencia, cantaba en época análoga á la nuestra:

«¿Por qué deberé, contando sólo con Dios, obrar como los demás, que, sin cuidado alguno, fiados en el caminar del mundo, siguen la ruta común? ¿Por qué tu bondad me dió la mente abierta á lo de arriba, y caballerescos sentimientos, sino para velar lo que es santo en esta época de escepticismo burlón? Déjame romper mis cadenas; déjame llevar tus armas brillantes, para reñir libremente las santas batallas, rogar gozosamente, atreverme soberbiamente, juntando en mí el gozo á la bravura.»⁽¹⁾

(1) Según Eichendorff, G. W., (2) I, 379 y sig.